

SOBRE LA GUERRA DE LAS INVESTIDURAS: UNA COMPOSICION ESCOLAR DE RIVA-AGUERO

Teodoro Hampe Martínez

Desde muy joven, don José de la Riva-Agüero y Osma sobresalió en el ambiente intelectual limeño por su lúcida mente y su firme dedicación a las disciplinas humanísticas. Es apreciable el valor de sus trabajos universitarios, especialmente las tesis que presentó en la Facultad de Letras sanmarquina¹, en las cuales demuestra seriedad de buen investigador, profundidad en el tratamiento de los temas, solidez en los juicios, elegancia y esmero en la prosa. Estas mismas características, empero, pueden encontrarse en los textos del eminente polígrafo ya desde su época escolar, cuando no era más que un adolescente, aplicado alumno de secundaria. Esto es lo que podemos observar a través del ensayo histórico de Riva-Agüero, hasta ahora inédito, que constituye materia del presente trabajo.

Epoca escolar de Riva-Agüero

En 1893, a la edad de ocho años, José de la Riva-Agüero fue matriculado en el recién establecido colegio de la Recoleta por su abuelo materno, don Ignacio de Osma y Ramírez de Arellano. El colegio de la Recoleta, que pronto se convertiría en uno de los más prestigiosos —si no el más importante— centros de enseñanza de la capital, fue inaugurado precisamente ese año 93. Regentado por sacerdotes franceses de la congregación de los Sagrados Corazones, tenía por sede el antiguo convento de recolección de los dominicos, el cual dio nombre al plantel².

En diversas oportunidades, siendo ya hombre maduro, Riva-Agüero evocó con cariño a sus maestros y compañeros de estudio, así como episodios notables de su época escolar. De esta suerte nos enteramos, por ejemplo, que en ese tiempo se hizo un recorte de la enseñanza de latín en los programas de estudio oficiales, pero que

1. *Carácter de la literatura del Perú independiente*, tesis de bachillerato (Lima, Lib. Galland, 1905), 299 p., y *La historia en el Perú*, tesis de doctorado (Lima, Imp. Nacional, 1910), 558 p.

2. Riva-Agüero, *Afirmación del Perú*, selección y prólogo de César Pacheco Vélez, t. II (Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1960), p. 229-233.

“los profesores recoletanos se esforzaron en suplir o completar la influencia del humanismo auténtico del Laico con las literaturas clásicas francesa y castellana, que son sus hijas legítimas”³. Sin embargo, más importante influjo en la formación espiritual del hombre de letras limeño ejercieron las lecturas realizadas en su propio hogar, es decir, en la casona de la calle Lártiga. Según confiesa él mismo: “Para paladear a mis anchas mis libros predilectos, exageraba o fingía a veces leves indisposiciones a fin de no concurrir algunas tardes al colegio. Me refugiaba en los bajos de mi casa, ocupados por mis dos tías abuelas. Una de ellas, doña Rosa, inteligente y enérgica anciana, guardaba en un cuartito muy chico [. . .] un estante, en cuyos anaqueles y al alcance de mis manos se alineaban las obras que me seducían”⁴.

El estudioso muchacho leía entonces obras ilustradas como el *Quijote* y el *Telmaco* de Fenelón, los *Mártires* de Chateaubriand y el *Evangelio en triunfo* de Olavide, la *Historia de la conquista del Perú* de Prescott y textos de Ingunza y del polémico padre Gual, opositor de Vigil⁵.

En otro lugar, rememorando su iniciación en los estudios históricos, el polígrafo expresa lo siguiente:

“Desde mis primeros años de estudiante devoraba yo en mi casa voluminosos libros de historia. Los leía de noche, a veces a la luz de la vela, porque mi madre ordenaba cerrar el gas para impedirme trasnuchar. El ameno Prescott y el fatigoso Mendiburu me revelaban el remoto pasado peruano, y don Ricardo Palma, el ingenio zumbón de la Lima colonial. Esas fueron mis primeras lecturas, de los ocho a los diez años, junto a la pesada compilación de Cantú. Más que en los seis gruesos tomos de la *Historia Universal* de este erudito italiano, buscaba yo en los cuatro de documentos que van a continuación de ella la imagen del mundo greco-romano y medioeval. Allí me deleitaron por primera vez trozos de Demóstenes y Cicerón, versos de la antología griega y el ensayo de Macaulay sobre Warren Hastings. En los viejos entresuelos de Lártiga, desde el año 1894, saboreaba yo, a través de Cantú, las églogas de Teócrito y fragmentos de Anacreonte y de Calidasa”⁶.

José Jiménez Borja, en sus apuntes biográficos del personaje que nos ocupa, afirma que a través de aquellas lecturas iniciales puede apreciarse un apego a los valores patrios, respeto por la cultura clásica, interés en el conocimiento del pasado, afán de superación espiritual, que son rasgos característicos de toda la obra riva-

3. *Ibid.*, p. 235.

4. *Ibid.*, p. 226.

5. *Ibid.*, p. 226-227.

6. Reportaje de Carlos Pareja Paz Soldán a Riva-Agüero, en *Boletín Escolar Recoletano*, año VI, núms. 35-36 (Lima, agosto-setiembre 1930), p. 5-9; cita de la p. 8.

agüerina⁷.

Posteriormente, durante su adolescencia, la formación intelectual de Riva-Agüero asumió nuevos rumbos, que hicieron de él un joven radical y descreído. En esto fue determinante la aproximación a los textos de Nietzsche, tanto los de crítica literaria como los de filosofía y moral, de los cuales recogió principalmente la teoría de que la religión negaba o disminuía el valor de la existencia humana. Esta influencia nutrió al estudiante de concepciones individualistas e inclinadas a un esquema político aristocrático⁸. Como es sabido, años más tarde Riva-Agüero se retractaría de tales ideas anticatólicas, haciendo profesión de fe en un célebre discurso pronunciado en el colegio de la Recoleta en 1932⁹.

De todos modos, merece citarse una declaración suya que recuerda la crisis espiritual que experimentó alrededor de 1900, cuando tenía quince años, o sea en la época en que redactó la composición escolar que analizamos en este trabajo. El anota:

“Cuando acababa en la Recoleta mi instrucción media, de 1900 a 1901, estaban ya muy maleadas mis convicciones religiosas y filosóficas por la lectura asidua de las paradojas de Nietzsche y Anatolio France y las doctrinas aprendidas en Renan, Taine, Fouillé y Guyau. De este último en especial, y tanto de sus libros en prosa como de sus versos, era yo entonces ferviente admirador, y procuré imitarlo en algunas páginas de mis primeros ensayos inéditos y en las pésimas poesías de mi adolescencia, que también tuve la discreción de no publicar”¹⁰

Acompañado de una halagüeña reputación de joven erudito, Riva-Agüero ingresó en la Universidad de San Marcos a la edad de 17 años, en 1902. Entre los papeles pertenecientes a la antigua Facultad de Letras se conservan varias disertaciones, composiciones y exámenes que este brillante alumno presentó durante sus primeros años de vida universitaria, antes de sustentar la tesis de bachillerato (1905). Haciendo comentario de algunos de dichos ejercicios universitarios, sobre todo de los de materia literaria, Aurelio Miró Quesada sostiene que ellos se distinguen “por

7. Prólogo a Riva-Agüero, *Obras completas*, t. I (Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1962), p. 16.

8. Al respecto Riva-Agüero declara: “. . . hacia 1900 vinieron para mí las influencias de Taine, Guizot y Menéndez Pelayo. Pero los libros que con más ansia y misteriosamente leía yo en el mismo colegio [. . .] eran los de Federico Nietzsche, desde el *Origen de la tragedia* hasta *Zaratustra* y el *Crepúsculo de los ídolos*. Ellos robustecieron mis tendencias reaccionarias, y no me arrepiento de haber pasado por tal escuela”; en *Boletín Escolar Recoletano*, año VI, núms. 35-36, *loc. cit.*

9. Riva-Agüero, *Obras completas*, t. X (Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1979), p. 181-187.

10. *Ibid.*, p. 387.

su seguridad de reflexión, su seriedad de estudio, su cuidado elegante de la forma, en suma, por su sentido de la responsabilidad, que iba a ser la norma constante de su vida"¹¹

Características del texto

El Archivo Histórico Riva-Agüero guarda, felizmente, el conjunto de libretas con apuntes manuscritos que el ilustre investigador utilizó a lo largo de su vida para preparar borradores de escritos y discursos y tomar notas de lecturas diversas¹². En el cuaderno signado con el número 1 se encuentra la composición sobre la *Lucha entre Gregorio VII y Enrique IV*, que el alumno recoletano escribió a los 15 años de edad. En cuanto a características externas, podemos indicar que se trata de un cuaderno para operaciones de contabilidad, con columnas impresas de debe y haber, de 24.3 x 16.5 cm.: la tapa es de color verde olivo, con la siguiente inscripción en dorado: *Ygnacio de Osma* (probablemente sea el abuelo materno, ya mencionado). Las hojas iniciales, numeradas del 1 al 7, han sido arrancadas, y el texto de la composición escolar —caligrafiado, según parece, por un copista— corre entre las hojas 8 y 13, ocupando en total diez páginas. El resto de la libreta se halla en blanco.

Una anotación de puño y letra de Riva-Agüero, puesta en la contratapa del cuaderno, nos informa acerca del autor y la fecha del texto que comentamos. Dice literalmente: "José Carlos de la Riva-Agüero y Osma. Composiciones literarias a la edad de 15 años, 1900. Colegio de los SS.CC."

Por lo que atañe a estilo, diremos que la composición está redactada en lenguaje ampuloso, solemne, con frases bien hilvanadas aunque de lenta cadencia. Las oraciones, por lo común bastante largas, tienen los períodos bien marcados. Todo ello origina una lectura despaciosa, en cierto modo pesada. En estos rasgos estilísticos puede identificarse la influencia del notable orador y escritor que fue Emilio Castelar (1832-1899), político republicano oriundo de Cádiz; en la biblioteca de Riva-Agüero existían algunos libros suyos, especialmente sus afamados *Recuerdos de Italia* (3a. ed.; Madrid, A. de Carlos e hijo, 1876), en dos volúmenes¹³. Según ha revelado el propio don José, durante su infancia le sedujo Castelar "con la pom-

11. Prólogo a Riva-Agüero, *Obras completas*, t. III (Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1963), p. XII. Se puede encontrar una relación de los trabajos universitarios de Riva-Agüero en la bio-bibliografía preparada por la Sociedad Peruana de Historia; véase *Documenta*, t. I (Lima, 1948), p. 197-298, y t. II (Lima, 1949-50), p. 435-542, especialmente la sección "inéditos".

12. Cf. mi "Catálogo de los cuadernos y libretas manuscritos de José de la Riva-Agüero", en *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, núm. (Lima, 1977-81), p. 147-172.

13. Otras obras de Castelar existentes en la biblioteca de Riva-Agüero, que éste pudo haber leído, son: *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo* (Madrid, San Martín y Jubera, 1876), 3 v., y *Fra Filippo Lippi*, novela histórica (Barcelona, E. Oliver y Cía., 1877-78). En la actualidad forman parte de la Biblioteca del Instituto Riva-Agüero.

pa de sus períodos y la refulgencia de sus descripciones”¹⁴.

El polisíndeton —empleo frecuente de la conjunción “y”— es uno de los recursos más utilizados por el historiador adolescente. Asimismo, muestra tendencia a presentar en pares tanto los sustantivos como los adjetivos, a veces con el propósito de amplificar o reforzar la expresión de algún concepto (figura de sinonimia). Encontramos, v.g., las locuciones siguientes: “en las grandes luchas y en los perdurables antagonismos”; “de la inteligencia y de la vida”; “de todos los grandes genios y de todos los grandes reformadores”; “insalubres pantanos y desolados yermos”; “de sus costumbres y de su vida”; “contendor y rival”; “codicia y ambición”; “cohesión y fuerza”; “razón y derecho”; “gracia y doctrina”; “ideas y costumbres”, “sanguinario y cruel”; “larga y acerbísima lucha”; “pequeño y floreciente municipio”; “obispo simoníaco y escandaloso”.

También hay la figura de la repetición simple, pues el autor es reiterativo en la utilización de palabras dentro de una misma oración. Apunta, por ejemplo: “cuando se encontraron en una misma tierra, empaparon esa tierra con su sangre”, “ambos pueblos pastores, ambos pueblos rurales”; “de ingratitud de los hijos para con los padres, de odio de los padres hacia los hijos”; “se necesitaba sólo una ocasión, y esta ocasión fue el asunto de las investiduras”; “ha impuesto leyes al mundo, leyes inmutables, leyes idénticas en todos los períodos históricos”. Igualmente hallamos antítesis o situaciones contrapuestas, que sirven al propósito de reafirmar lo que el escritor está exponiendo. Así aparecen frases como “guerra tan asoladora pero tan fecunda”, “la natural tendencia humana de adular al vencedor y de compadecer al desgraciado”, “más deseosos de batallar que de administrar los sacramentos”, “más codiciosos de feudos y alodios que de gracia y doctrina”. . .

Para explicar fenómenos del mundo social, Riva-Agüero se sirve de algunas imágenes tomadas de la naturaleza. Esto se hace patente a través de la larga —y poco feliz— digresión en que trata de mostrar cómo la lluvia puede ejercer efectos benéficos en medio de una situación calamitosa, poco propicia para el desarrollo de la vida humana. Mejor efecto causan otras comparaciones o símiles usados en el texto que tienen como referencia, igualmente, el mundo natural. El autor escribe que “las razas se agotan de producir grandes hombres y, como el sol, cuando suben al cenit principian a descender a su ocaso”; que la pureza de costumbres de Gregorio VII “le asemeja a un diamante que brilla entre fango”; que la Iglesia era considerada por el monarca “como una rama desgajada. . . del tronco imperial”.

Tal como sugiere Riva-Agüero en un fragmento ya citado, la fuente de que principalmente se valió para redactar la composición que estudiamos es la célebre *Historia Universal* del italiano César Cantú (1804-1895). En la biblioteca del Instituto Riva-Agüero se conserva aún el ejemplar que, casi con seguridad, usó el autor. Es una edición anotada y traducida del italiano por Nemesio Fernández Cuesta, publicada en la Imprenta de Gaspar y Roig, Madrid, 1854-1859, que consta de diez gruesos volúmenes. Igual que lo sucedido con otras lecturas infantiles de nuestro

14. *Boletín Escolar Recoletano*, año VI, núms. 35-36, *loc. cit.*

personaje, esta obra debió de llamarle la atención por estar “adornada con preciosas láminas grabadas en acero que representan pasajes de la narración, vistas, retratos, etc., y mapas de los países más importantes antiguos y modernos”, según reza la portada.

La magna obra de Cantú abarca desde la Antigüedad hasta la situación internacional antes del estallido revolucionario de 1848. El libro X de esta *Historia* traza la evolución de acontecimientos en Europa desde Carlomagno hasta las Cruzadas; y dentro de él son particularmente interesantes los capítulos XVI y XVII, que se ocupan de la situación de la Iglesia en aquella época, así como de las incidencias del enfrentamiento o querrela entre el papa y el emperador. Riva-Agüero consultó esas páginas para elaborar su texto sobre la guerra de las investiduras. Pero al escribir se concedió licencia para citar a su manera ciertos pasajes de la fuente. Por ejemplo, atribuye a Enrique IV haber dicho en el castillo de Goslar: “*La Sajonia es bella tierra, pero sus habitantes son miserables siervos*”; mientras que Cantú no llega a especificar en qué castillo tuvo lugar el episodio (aunque alude a las prolongadas estancias del emperador en Goslar) y pone en boca del monarca esta declaración: “*Es un hermoso país la Sajonia, pero sus habitantes son miserables siervos*”¹⁵. Es una falta relativamente leve, propia de la historiografía romántica del siglo pasado, no apegada con rigor a los documentos.

Sobre la guerra de las investiduras

Según precisa un breve esquema puesto a la cabeza del texto, José de la Riva-Agüero se proponía componer un ensayo sobre la guerra de las investiduras que constara de tres partes: 1) caracteres de Gregorio VII y Enrique IV; 2) relato de la lucha entre ambos personajes; 3) consecuencias de la lucha. La composición, sin embargo, quedó inconclusa, pues solamente alcanza a exponer los caracteres de ambos contendientes y a bosquejar ciertos rasgos esenciales de su disputa.

A fin de determinar la índole de esta guerra, el autor establece como premisa general que a lo largo de la historia se han dado profundos antagonismos, originados por naciones o instituciones que se han rebelado contra las razas o principios que les dieron vida. A guisa de ilustración, señala conflictos habidos entre pueblos antiguos procedentes de un mismo origen étnico; menciona las guerras entre griegos y persas (pertenecientes ambos a la raza indoeuropea) y entre los hebreos y otras sociedades de raíz semítica. De la misma manera —entiende Riva-Agüero—, la querrela de las investiduras surgió por la rebelión del Imperio, “hechura de los papas”, contra su origen: el Pontificado.

Dicha premisa nos revela claramente la posición del joven escritor frente al problema histórico que estudia. Es evidente la parcialización de Riva-Agüero, alumno de un colegio religioso, con el bando papal. Esto se refleja con nitidez cuando expone los caracteres, para él diametralmente opuestos, del papa y del emperador.

15. César Cantú, *Historia Universal*, tr. y anotada por Nemesio Fernández Cuesta, t. III (Madrid, Imp. de Gaspar y Roig, 1855), p. 546. El subrayado es mío.

Respecto a Gregorio elogia su erudición, la pureza de sus costumbres y la reforma que emprendió en el clero; inclusive valora positivamente su humilde origen social. lo que, a decir del autor, es característico de todos los grandes genios. En cambio, al referirse a Enrique menciona no pocos de sus vicios y critica duramente su carácter sanguinario, ambicioso, lujuriente, lo mismo que su desprecio hacia el pueblo.

Luego intenta explicar la cuestión de las investiduras laicas, vale decir, la facultad del poder civil de nombrar a autoridades religiosas. Se refiere entonces a los prelados "ignorantes", ordenados sin verdadera vocación sacerdotal, que en la Edad Media se habían apoderado de tierras y dignidades eclesiásticas gracias al amparo del emperador y de poderosos señores feudales. Con acritud en cierta medida sorprendente —por tratarse de personajes religiosos—, manifiesta que dichos prelados sabían más de Aristóteles que de San Pablo, que apenas dominaban el latín, que eran muy dados a la caza y la guerra, que procuraban obtener dominios territoriales, etc.

El autor alaba, por contrario, la labor reformadora de Gregorio VII. Este se esforzó por impedir la subsistencia de las investiduras laicas, ya que esta práctica implicaba tácitamente la superioridad del poder imperial sobre el pontificio. Opina Riva-Agüero que, en justicia, debería predominar el poder pontificio, debido a su intrínseca constitución, a su mayor cohesión, a su mayor espiritualidad, a la benignidad de sus propósitos y a la superior inteligencia de su jefe.

El párrafo final de esta inconclusa exposición encierra una idea muy sugerente, que nos ayuda a precisar etapas en la evolución espiritual de Riva-Agüero. Afirma él que la repetición de ciertos hechos y formas sociales a través de la historia sólo puede explicarse por la intervención de un ser supremo (*Dios*), que impone leyes al comportamiento humano; y esta intervención divina hace posible que la humanidad realice su fin en la Tierra, que es el *progreso*. Nos hallamos aquí ante una heterodoxa manera de pensar, que trata de conciliar dos ideologías normalmente opuestas: de un lado, una visión teocéntrica del mundo y, por otra parte, la concepción liberal que apunta al progreso (material) como meta. Esta heterodoxia pone de manifiesto una fase de inestabilidad, de transición, en el pensamiento de Riva-Agüero, que todavía no se ha desprendido de las enseñanzas católicas de su hogar y de la escuela, pero que ya incorpora algunos elementos recogidos de su lectura de obras materiales, ateas.

Para la comprensión de la personalidad riva-agüerina importa, pues, señalar que hacia 1900 aún no estaban del todo arraigadas las ideas anticristianas extraídas de las obras de Nietzsche y otros autores contemporáneos. Conforme especifica el propio don José¹⁶, aquellas tendencias radicales tomaron enteramente posesión de su espíritu un poco más tarde, en el último año de media (1901) y en sus primeros años de vida universitaria (a partir de 1902). Y ya sabemos que luego vendría la retractación de errores y la profesión de ferviente catolicismo.

Ciertamente, no cabe esperar que un ensayo escrito por un adolescente brinde aportes fundamentales respecto a problema histórico tan complejo como la querrela de las investiduras. El joven Riva-Agüero se vale de interpretaciones ya hechas y co-

16. Riva-Agüero, *Obras completas*, t. X (cit.), p. 387 y ss.

mete algunos errores, que es preciso advertir.

Ante todo, no es cierto —como pretende aseverar el título del texto— que la lucha entre Gregorio VII y Enrique IV constituye la primera rivalidad entre el Papado y el Imperio. En un penetrante artículo, Rosa Luisa Rubio de Hernández¹⁷ ha demostrado que el enfrentamiento de ambos poderes se inicia mucho más temprano, en la época de Teodosio (s. IV), con la proclamación del catolicismo como religión oficial del Imperio romano. Rivalidades entre pontífices y monarcas se aprecian con claridad desde el siglo V, con la pugna entre el papa León I y el emperador Valentiniano III en torno al ejercicio del *principatus* (máxima autoridad política) y del *primatus* (primacía del obispo de Roma sobre todos los otros prelados). Y poco después, en la misma centuria, sucede la controversia entre Gelasio I, papa, y Anastasio I, emperador, acerca de la *auctoritas* (fuente del poder, de origen divino) y la *potestas* (capacidad de ejercer dominio).

Paulatinamente, en el curso de la prolongada disputa entre los jefes eclesiásticos y políticos, va cobrando mayor fuerza el problema de las investiduras laicas. Al oponerse a esta antiquísima práctica, los pontífices venían a cuestionar una de las bases del esquema de poder clásico, heredado de la Antigüedad, según el cual el poder religioso se encontraba subordinado al poder civil. Momento importante —no el primero ni el último— dentro de dicha secular controversia es el pontificado de León IX (1049-1054), en el que se promulgaron los cánones del concilio de Reims, que establecían: “nadie sea ascendido al gobierno de una iglesia sin ser elegido primero por el clero y después por el pueblo”¹⁸. Entre los colaboradores más estrechos del referido papa estuvieron los cardenales Pedro Damián, Humberto de Silva Cándida y el monje Hildebrando, piadoso varón que en 1073 fue elevado al solio de San Pedro con el nombre de Gregorio VII.

La famosa confrontación que atrajo el interés de Riva-Agüero empieza el año 1075, con la prohibición de investiduras laicas decretada por el papa Gregorio. Lo que ocurre a continuación es una agitada serie de acontecimientos, que sacudieron al mundo europeo de la época: excomunión de Enrique IV, disolución del juramento de fidelidad de sus súbditos y elección de un nuevo emperador romano-germánico (1076); peregrinación del arrepentido Enrique al castillo de Canossa y perdón concedido a él por el sumo pontífice (1077); nueva excomunión de Enrique IV y nombramiento del antipapa Clemente III (1080); ataque de las tropas imperiales a Roma, refugio del papa en la villa de Salerno y nueva coronación de Enrique como emperador, por gracia del antipapa (1084).

La situación de conflicto e incertidumbre permaneció durante algunas décadas más, hasta la firma del concordato de Worms (1122), con el que se trató de dar solución al problema de las investiduras. Fue acordado entonces que los obispos se-

17. “El esquema de poder clásico y las investiduras laicas”, en *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, núm. 12 (Lima, 1982-83), p. 347-373.

Quiero expresar aquí mi agradecimiento a la doctora Rosa Luisa Rubio de Hernández por la generosa ayuda brindada en la preparación de este trabajo.

18. *Loc. cit.*

rían elegidos, no por el monarca, sino por el clero de su respectiva diócesis, tras lo cual recibirían la consagración de manos de algún representante del papa; pero también estarían obligados a rendir pleito homenaje al emperador. Esto último significa que el esquema de poder clásico no se rompía de modo definitivo¹⁹.

Con todo, pese a las deficiencias que pueden hallarse en el texto, esta composición escolar de José de la Riva-Agüero (que transcribimos en las páginas siguientes) reviste indudable valor. Es el primer ensayo histórico que conocemos del notable hombre de letras, donde se manifiesta ya su devoto catolicismo, su afán de conocer e interpretar los hechos pretéritos, su solidez en el enjuiciamiento, su pulcritud y su esmero por la precisión en el lenguaje. Representa la primera muestra de una vida dedicada al quehacer intelectual.

19. *Loc. cit.*

*LUCHA ENTRE GREGORIO VII Y ENRIQUE IV, O SEA, GUERRA
DE LAS INVESTIDURAS Y PRIMERA RIVALIDAD
ENTRE EL PONTIFICADO Y EL IMPERIO*

Lo primero que observamos en las grandes luchas y en los perdurables antagonismos de la historia es la grande ingratitud y la falta de memoria para recordar los beneficios recibidos que las naciones y las instituciones muestran en su lucha contra las razas y principios que les dieron vida.

Hermanos de sangre, pertenecientes a una misma raza, a la indoeuropea, eran griegos y persas; y a pesar de los estrechos lazos que los unían, cuando se encontraron en una misma tierra, empaparon esa tierra con su sangre y dejaron como imprecaderos monumentos de su mutuo invencible odio los nombres de Maratón, Salamina, Platea, el Gránico y Arbela. Hermanos, descendientes de Sem. habitantes de una misma comarca, ambos pueblos pastores, ambos pueblos rurales, eran los árabes y fenicios y los hebreos; y, sin embargo, si bajo los jueces los bárbaros del desierto esclavizaron a sus hermanos hebreos, bajo David o Salomón son exterminados o subyugados filisteos, amorreos, idumeos y moabitas. Y de estos ejemplos de enemistades de pueblos de una misma raza, de ingratitud de los hijos para con los padres, de odio de los padres hacia los hijos, está sembrada la historia desde sus primeras hasta sus postreras páginas.

Por una inconsecuencia semejante, el Imperio, hechura de los papas, sueño a la vez acariciado por León III y por Carlomagno, vino a enemistarse y a luchar con su origen, el Papado, para que tras larga y acerbísima lucha cayeran ambos poderes rendidos a la par, y a la par sin fuerzas, dando paso a una civilización más grande, a una concepción de Derecho más amplia, que conciliara estas dos antinomias en el anchuroso seno de la civilización moderna.

Pero si la razón esencial de esta guerra fue el natural impulso que poseen los príncipes de absorber siempre a sus rivales y de tender siempre a la absoluta unidad, ley suprema de la inteligencia y de la vida, el motivo accidental, el pretexto, digámoslo así, fue el asunto de las investiduras, que, junto con la corrupción del clero y la diversidad de caracteres y tendencias de ambos contendores, dio origen a esta guerra tan asoladora pero tan fecunda, de resultados tan desastrosos y a la par tan benéficos; porque sucede así en la naturaleza como en la sociedad que el mal se convierte, si no en fuente, cuando menos en ocasión del bien.

Cuando en una de esas tardes tropicales bochornosísimas el sol quema con sus penetrantes rayos la tierra, la atmósfera se torna cual vapor calidísimo, y la tierra y el hombre y todos los seres parecen que van a morir asfixiados en aquel inmenso horno, en aquella profusión de vida, súbitamente las aves marinas en medio de la serenidad abrumadora corren, graznando aterradas, a guarecerse en sus peñas y una nubecilla se levanta por el horizonte, hasta que el cielo se encapota, estalla el fragoroso rayo, y la lluvia refresca la sedienta tierra para que a la mañana siguiente sea más puro el azul del cielo, sonría el mar y vuelva el labrador a uncir sus bueyes, que derraman la semilla de trigo en el abierto surco.

En esta guerra que vamos a describir los dos rivales eran dignos de luchar, porque en la frente de los dos resplandecía la sagrada llama del genio. El uno, Hildebrando, pertenecía al pueblo, era de bajo nacimiento, pues su padre era un carpintero toscano; tenía el oscuro origen de todos los grandes genios y de todos los grandes reformadores, porque parece que las razas se agotan de producir grandes hombres y, como el sol, cuando suben al cenit principian a descender a su ocaso. Nació en la ciudad de Siena, pequeño y floreciente municipio toscano que aún hoy conserva trazas de la Edad Media y cuyos campos, entonces cultivados y bellísimos, fueron convertidos por los soldados de Carlos V en insalubres pantanos y desolados yermos. Viendo sus padres la vocación decidida del joven por el estado eclesiástico, lo enviaron al célebre y floreciente monasterio de Cluny, donde adquirió la universal erudición que le distinguió entre sus contemporáneos y donde, por los ejemplos de los demás monjes, acrisoló aún más la pureza de sus costumbres y de su vida, que entre la general corrupción de su época le asemeja a un diamante que brilla entre fango. Arzobispo de Milán primero, y cardenal y consejero de papas después, principió desde estos altos puestos la obra de la reforma a que debería su gloria.

Su contendor y rival Enrique IV no se nos ofrece con caracteres tan simpáticos, ya sea porque así fuera en realidad, ya por la parcialidad de los cronistas, historiadores de esta contienda, en su mayor parte monjes e inclinados por su profesión al partido del papa y, por la natural tendencia humana de adular al vencedor y de compadecer al desgraciado, a rebajar el mérito del penitente de Canossa y a exaltar el del valeroso sitiado de San Angelo. Lo que de él sabemos nos le representa de gran talento y de fortísimo brazo, pero con tantos vicios que oscurecen y ofuscan casi por completo sus cualidades. Educado en una corte tan levantisca y guerrera como la germana de aquel tiempo, fue sanguinario y cruel; habiendo tenido desde su más tierna infancia por consejero a un obispo simoníaco y escandaloso como Adalberto de Bremen, consideró siempre a la Iglesia como una rama desgajada contra razón y derecho del tronco imperial o, a lo menos, como una mina de tesoros para satisfacer su codicia y ambición. Y crecido a la vista del concubinato cuasilegal de los sacerdotes, de la corrupción de los abades y de la licencia de los señores feudales, fue de tal modo lujurioso, que en su corte la honestidad de ninguna dama estaba segura, por mayor que fuera su recato. Y tan grande era su desprecio por los pueblos, que un cronista nos refiere el siguiente dicho suyo, proferido en el castillo de Goslar: "La Sajonia es bella tierra, pero sus habitantes son miserables siervos".

Con la confusión que en aquel tiempo existía en los límites del poder temporal y del espiritual, y con los antedichos caracteres de sus sendos jefes, para estallar la discordia se necesitaba sólo una ocasión, y esta ocasión fue el asunto de las investiduras, que dio el nombre [a] la guerra.

Siempre para una parte no pequeña del clero, para los ordenados sin vocación verdadera, fueron letra muerta aquellas dos profundísimas sentencias del Divino Salvador: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", y esta otra, más directa aún: "Mi reino no es de este mundo". Y bien visto, ¿qué tiene de raro que prelados ignorantes, que no entendían ni aun el latín bárbaro de aquellas épo-

cas, que no alcanzaban, no ya el sentido misericordioso y suave del Evangelio, pero ni siquiera parte muy extensa de los dogmas, y de los cuales los más instruidos, como decía Lutero siglos después, más sabían de Aristóteles que de San Pablo, practicasen lo que aún hoy sostienen doctores eruditísimos, aunque la mayor parte de las veces no muy bien intencionados? Estos prelados, pues, más instruidos en la caza que en las sagradas letras, más deseosos de batallar que de administrar los sacramentos, más codiciosos de feudos y alodios que de gracia y doctrina, habíanse apoderado de varios feudos, para cuya toma de posesión el emperador o los señores no sólo les conferían el terrón y la espada, sino también el báculo y el anillo episcopal.

Gregorio, que había con gran fortuna comenzado la reforma y atajado en mucho la corrupción del clero, no podía dejar subsistente este generalísimo abuso, especie de tácita confesión que el clero hacía de la superioridad del poder temporal sobre el suyo; cuando en puridad de verdad, si por la confusión de las ideas y costumbres de aquel siglo algún poder había de predominar, no podía en justicia ser este poder otro que el pontificio, infinitamente superior al temporal no sólo por su intrínseca constitución, sino también por su mayor cohesión y fuerza, por su mayor espiritualidad, por sus más generosos intentos y por la superior inteligencia de su jefe.

Causa asombro la persistencia tenaz con que ciertos hechos y formas sociales se repiten siempre en la historia y preceden siempre a iguales manifestaciones políticas; asombro que sólo podemos disipar admitiendo sin restricciones ni ambages la existencia de una Suprema Providencia que ha impuesto leyes al mundo, leyes inmutables, leyes idénticas en todos los períodos históricos, bajo cuyo bienhechor influjo alcanza la humanidad su fin terrestre: el progreso.

(Archivo Histórico Riva-Agüero, Lima. Cuaderno núm. 1 de apuntes manuscritos de José de la Riva-Agüero y Osma).